DE REFORMAS… Y OTRAS HISTORIAS

José Luis hace un alto en el camino, respira con dificultad y se seca la frente perlada de sudor. Más arriba, escucha el Himno Nacional cantado por niños y adultos con emoción especial. Después de recuperarse de la subida, los rayos del sol que se filtran entre los almendros de la cerca, le animan a continuar.

- Buenos días –, contesta a los padres de familia que encuentra al bordear el último recodo hacia el patio escolar. Hace dos años que no viene y lo impresionan los cambios que nota: libros, revistas y engargolados cuelgan de hilos entre las ventanas. Además del periódico mural, también hay biombos con armadura de carrizo y cartón, llenos de avisos y carteles de las más variadas formas y colores. Más allá, las hortalizas despiden un tufo de vida que alegra a las gallinas y a los niños que “les toca” regarlas.

- ¡Buenos días maestro! – se escucha al coro desigual que le da la bienvenida.

Saluda de mano a treinta y tantos alumnos de primero a sexto sin ocultar su alegría, y abraza efusivamente al maestro que le mira sorprendido.

-No te preocupes, no vengo a supervisar, solo vengo a visitarte.

Y antes de que los alumnos entren a los salones, los sienta a la sombra de un enorme framboyán y platica con ellos sobre la importancia de la lectura.

-¿Qué libros han leído últimamente? – Les dice, – y un alud de respuestas invade la mañana: Kipatla”, “Las orejas de Urbano”, “La boda de la Ratita” “A golpe de calcetín” y decenas de títulos más. Uno de los niños más pequeños brinca y levanta la mano insistente pero no lo dejan hablar los demás.

El supervisor los calla y le dice:

- A ver tú, cuéntanos sobre alguno de los libros que mencionan -. Y el pequeño se suelta a platicar sobre los valores humanos que promueve “Kipatla” y describe, para sorpresa de todos, los personajes de los doce cuentos que contiene el libro. Después de contar otros cuentos, sugerir libros y sorprenderse de lo que “saben” esos niños marginados, los hace pasar a sus dos salones.

- Jejejejej, oye Marco, ya casi es hora de recreo, -¿cómo le haces para que lean tanto? - Solo les acerco los libros – Mire como exponen orgullosos sus trabajos –

Y le muestra las Antologías que se mecen en el viento suave de las diez. Asombrado, el supervisor toma fotos de todo.

-Espéreme en la casa del maestro -. Le dice Marco Antonio. – Desayune - , Tengo café y pan. – Despacharé a buena hora a los alumnos.

Mientras camina hacia el modesto cuarto del maestro, va pensando en el significado que la Reforma Educativa tiene ahí. Fotografía los trabajos manuales expuestos en repisas de madera entre los pasillos y las canchas de Voly y de Fut empastadas y con redes impecables. En los prados y jardines no hay basura por ninguna parte. Hay un espacio destinado para recolectar latas y botellas de plástico cercado por "atarrayas" averiadas. En el rincón más lejano, hay un hoyo enorme donde tiran la basura orgánica y fabrican composta para las plantas. Se nota que ahí, el maestro no tuvo que improvisar ningún CEPS para cumplir un requisito. Ha imbuido el concepto de faena como el elemento rector del beneficio material de su entorno escolar. Así lo manifiestan la plaza cívica pavimentada y la bocina que pende de un tarro gigantesco donde el maestro les comparte radionovelas y canciones diferentes a lo que los habitantes miran en la televisión. Entra al pequeño cuarto y mira los reconocimientos de los primeros lugares académicos, deportivos y cívicos de esa asombrosa escuelita.

-¡Caray! – Piensa. – Si hubiera más Marco Antonios por ahí, otra cosa sería la realidad educativa de nuestro país. Y concluye más convencido que nunca: "La Reforma se lleva en el corazón y en la Vocación" y no en los miles de documentos que ya me tienen harto en la oficina. Al cabo de un rato, un viento fuerte y húmedo empieza a azotar las ventanas de madera sorprendiéndolo, pues apenas hace unas horas el cielo era diáfano.

A mediodía, cuando llega Marco Antonio seguido de unas madres de familia con la comida, él está terminando de leer una de las Antologías y el viento arrecia y amenaza con derrumbar el techo. Comen apresuradamente, con la intención de que el supervisor se retire antes de la tormenta, pero cuando pretende caminar hasta el poblado próximo donde dejó su vehículo, los goterones caen inclementes y los árboles se balancean amenazantes.

-Quédese aquí – Mandaré a avisar a San Juan que mañana baja, que no se preocupen.

José Luis quiere protestar, pero los relámpagos le hacen desistir, además, el maestro no tarda en regresar cargado de comestibles y un ajedrez…le conoce los gustos. Resignado y feliz, José Luis sonríe. Las horas transcurren sin sentirlas, no les alcanza el tiempo para contarse todo aquello que le intriga al supervisor, ¿Cómo le hace para que todos los agentes educativos cumplan su parte? Todo lo que el viejo maestro quisiera absorber para verterlo en las demás escuelas de su Zona Escolar. Animados, planean seminarios y talleres que serán impartidos por

Marco Antonio y contarán también con la participación de algunos padres y alumnos de esa comunidad. Hablan de estrategias, de tecnologías de apoyo, de la creación de redes de aprendizaje y comunidades de enseñanza, así como monitores e intercambios de alumnos, etc., Ahí, en el cubil del maestro innovador, parece descansar la puesta en marcha de un ambicioso proyecto educativo para la Zona Escolar. “El cambio desde la escuela” “La Reforma desde su centro”

En un respiro, se dan cuenta de que la lluvia ha cesado por el silencio interrumpido por los grillos trasnochadores. Y se percatan de que la noche avanza por una claridad asombrosa que se cuela por las ventanas abiertas,...

-¿Es la luna? – Pregunta el hombre maduro. –

Al asomarse, se maravillan de la magia cambiante del Trópico: la luna descansa plácidamente en un cielo claro y calmo. Un viento suave mueve las viejas palmeras y los chicozapotes, que parecen felices de sentir el bienestar de la tierra mojada. Sin embargo, también les llega un murmullo áspero y ronco. Es el río que nace en los riscos de la Sierra Madre Oriental y baja serpenteando por los recovecos rocosos bordeados de encinos y hayas centenarias.

Al otro día, el desayuno es enriquecido con plátanos fritos y elotes hervidos.

-Orgánicos, de nuestra huerta, - dice orgulloso Marco Antonio.

- Y ojalá le hubieran tocado los tamales de todos los martes, - le dice, - pero Juanjo no vino. - Seguramente por la tremenda lluvia de anoche-.

- Es que su mamá los vende todos los martes en el pueblo cercano y siempre me manda algunos.

Juanjo es un alumno brillante, va en sexto grado y le encanta asistir a la escuela a pesar de la hora de ida y de vuelta que tiene que caminar todos los días. Y es que a él, además del mundo desconocido que los libros le regalan, también le inquietan los ojos almendrados de María, la niña que le produce retortijones cuando lo mira y con la que ha jurado casarse después de lograr una carrera. Se lo ha escrito en las hojas secas de los almendros, se lo ha escrito en sus cuadernos con una letra tan pequeña que nadie lo ha podido leer, y también, en la balsa por donde todos los días tiene que pasar el pequeño vado del río para llegar a su escuela. Aunque María jamás ha leído nada de lo que él le escribe, él está seguro que se va a casar con ella y jamás falta a las clases.

Esa mañana, el sol radiografía el humo azul del fogón entre las rendijas de su casa. Son las 6:45 a.m. y él se apresura para llegar a tiempo a la escuela.

-¡No vaya mijo! – Ora no vaya a la escuela. – Le dice la mamá mientras muele la masa en el metate y se aparta un mechón de su cabello.

- Quien sabe como llovió pa´rriba – y el río crece…

Pero Juanjo no la escucha claramente por los ladridos de Jiribillo.

-¡Adiós má! –. Le grita al cerrar la pequeña reja de bambú para que no lo siga el perro.

En la espalda lleva su pesada mochila y en una mano una bolsa de tamales.

Eso fue lo primero que encontraron. Las hojas de maíz de los tamales flotando su mal agüero. Más abajo, Juanjo parecía dormir entre los peñascos con los ojos abiertos mirando al cielo de Junio, tan alto e inocente, como su alma de niño. Lo habían estado buscando toda la mañana después de que no llegó a la escuela porque Don Lupe, el señor de la balsa, avisó que por ahí no había pasado y que su mamá, le había dicho que lo mandó a la escuela cuando la atravesó para ir a vender sus tamales de los martes al pueblo. Cuando María y sus compañeros llegaron a llorar desaforados, nadie podía imaginar como ese mismo río que ahora lucía sus aguas mansas, pudo haber arrebatado los sueños del chiquillo cuando rugía arrastrando todo a su paso por el “golpe” de la lluvia de anoche. Como la falta de equidad y desigualdad en la educación, podía haber influido para tal desgracia. José Luis y Marco Antonio estaban ahí, perplejos y sudorosos, ¿qué le iban a contestar a su mamá? ¿A dónde quedaban los proyectos con sucesos como ese? ¿A dónde las Reformas? Es cierto que el maestro es el eje del cambio, pero hay mucho que hacer en infraestructura. El maestro tomó la mochila del niño y se alejó lentamente por el sendero manchado de dolor.

Cuando el supervisor bajaba por la terracería conduciendo su auto, otra vez se desgranaba el impredecible cielo tropical y los limpiadores no disipaban ni la lluvia ni sus demonios. Y allá arriba, un hombre bueno leía una carta que había rescatado entre los libros de Juanjo, en ella, describía los sueños de aquella tarde de rezos y planes en la capilla con la niña de los ojos de almendra. El maestro luchador, el invicto Quijote de las aulas, mojaba sus lágrimas con un vaso de aguardiente, mientras la tormenta azotaba su techo y las hayas y los liquidámbares parecían querer arrancarse de su sitio, mientras el espíritu de su alumno, multiplicaba su voz y su ejemplo, entre el viento y los relámpagos que apagaban las velas, en el río de allá abajo.

JOAN MANUEL GARCÍA PAZ